

## VI

En la pared del fondo, donde se abre la puerta que comunica con el último dormitorio, tiene puesta su cabecera el camastro del *Lobo*. Apenas si a él toca la luz exangüe del farol. No es tiniebla, pero es niebla confusa la que envuelve el camastro. Sobre éste, cubierto por la manta que le sube hasta la nariz, se aboceta el cuerpo del bandido.

¿Duerme? Tal indica la inmovilidad de su cuerpo; sus ojos no relucen entre las pestañas; su respiración es tranquila; ningún gesto contrae su cara; ningún estremecimiento agita sus manos, que por cima de la manta caen, cerradas en puño.

También parece que duermen los demás.

Completa es en ellos la quietud; grande es en la cuadra el silencio.

A romperlo viene el director, que hace la ronda usual con el vigilante de turno. Ningún dormido abre los ojos; ninguno remuévese en los camastros.

Ya visitó la ronda los dormitorios de la derecha y de la izquierda. Ahora, atravesando el central, se dirige al del fondo.

Antes de llegar a él precisa recorrer un pasillo. El pisar de los rondadores se pierde poco a poco tras la puerta, que uno de ellos cierra y encerroja.

Todo vuelve a ser quietud y silencio en el dormitorio.

Sin turbarlos, como si los cincuenta presos fueran sombras, criaturas hechas de niebla, se les ve y no se les oye incorporarse. Es el movimiento uniforme. Todos escuchan un segundo; luego saltan de los camastros; el salto no suena en las baldosas. En muda procesión se deslizan al largo de las dos paredes; uno tras otro van, para reunirse junto a la puerta que cerraron los rondadores.

Sus caras, que otras noches, en las horas del sueño, recuerdan por su lineamiento a todas las bestias crueles, desde el tigre que mata por matar, hasta el fauno que por gozar mata, reflejan ahora en su expresión el ansia del acecho. Los ojos felinos llamean; los dientes carniceros se entrecruzan bajo los respingados morros; las cabezas de reptil se balancean en los cuellos largos; los rostros de sapo se humedecen y se hinchan; la manos garrosas se contraen; los dedos, temblantes como tentáculos de pulpo, oscilan en dirección de la puerta cerrada; prontos parecen a lanzarse contra ella para desgonzarla de cuajo.

Al frente de los hombres, apiñados en la derecha



de la puerta, está *Pajarito*; al de los de la izquierda, el *Jaro*. No hay diestra sin hierro; no hay pupila sin odio.

— Mira si duerme ése — dice *Pajarito* al oído del *Jaro*.

Éste llega al camastro del *Lobo* con la faca en alto, pronto a herir. El *Lobo* permanece inmóvil, tranquilo; su respiración ni se acelera ni se corta.

— Duerme — afirma el *Jaro* ocupando su puesto.

— Cuando despierte — responde *Pajarito* — estará hecho el avío.

— Llegan — interrumpe el *Jaro*. —. Atención.

Los dos grupos, las dos manadas de fieras en acecho se repliegan contra la pared; los cuerpos se encogen; las cabezas adelantan ansiosas; el juego de las diestras queda libre; no hay un solo brazo que estorbe a otro.

Lejos, al final del pasillo, vuelven a sonar los pasos de la ronda.

Se detiene junto a la puerta. Hay una pausa breve. A seguida se oye el rechinar del cerrojo. La puerta se abre de par en par, y la figura del director aparece en su marco.

En aquel instante, cuando *Pajarito* alza el brazo, cuando todos avanzan prontos a secundar la acción, se ve al *Lobo* alzarse, también como una sombra, encima del camastro. Sus ojos relucen, sus puños se cierran, sus corvas se contraen. De un salto cae

entre los dos grupos; de dos zarpazos los desvía, y cogiendo por el hombro al sorprendido director, exclama :

— ¡Pronto! ¡A la pared! ¡Conmigo a la pared! ¡A defenderse, que asesinan!

La sorpresa de los penados da tiempo a vigilante y director para seguir al *Lobo* y poner la espalda en el muro. Las manos empuñan los Smiths; en la del *Lobo* reluce un cuchillo de monte.

Al estupor sigue en los rebeldes la cólera.

— ¡A ellos! — silba la voz de *Pajarito* —. ¡Serán tres en vez de uno!

En tropel cierran contra los otros. Dos tiros resuenan, y dos hombres ruedan y agonizan sin queja, en silencio.

La pelea terrible que libran todas las noches en el patio los gatazos de ojos ambarinos y las ratas de hocico respingón, se reproduce entre criaturas humanas en aquel dormitorio. Como las ratas a los gatos, acometen los presidiarios a sus guardadores; como los gatos, se revuelven ellos contra el furioso enjambre.

El *Lobo* cubre con su cuerpo al director. Su brazo, formidable y certero, abre surcos de sangre en la masa acometedora. Tres hombres caen ante sus pies; otros dos sucumben a los disparos del director y del vigilante. Éste cae también, herido en el pecho por la faca de *Pajarito*, que da saltos astutos



de jaguar y silba injurias rechinando sus dientecillos de mujer.

El estampido de las armas de fuego avisa a los empleados y a la tropa. Se escucha su avance por la escalera que conduce hasta el dormitorio.

Es el último embite; hay que jugarlo pronto y rudo. Los presidiarios atacan en montón; los revólveres disparan; el cuchillo del *Lobo* describe círculos, rechazando las armas suspendidas sobre la cabeza del director.

— ¡Pues no te vas tú, perro! — silba *Pajarito*, deslizándose por entre las piernas de un acometedor y hundiendo su faca en el vientre del viejo.

— ¡Perro, no; *Lobo!* — responde éste al sentir el golpe.

Asegura con sus dedos de fiera el brazo de *Pajarito*, que al dolor suelta el arma. Y repite:

— ¡*Lobo!*... Y como *Lobo* mataré.

Los reclusos huyen al arribo de los soldados. Solos quedan en el centro del dormitorio el *Lobo* y *Pajarito*. Éste flota como un guiñapo entre las garras opresoras. Las garras se crispan; *Pajarito* se retuerce contra ellas. Inútil. Las garras le acercan hasta el pecho del opresor; los brazos de éste se contraen; su boca muerde en la garganta que sus manos estrujan. Se oye un crujir de huesos; los terribles brazos se aflojan, y *Pajarito* da en tierra muerto, roto, colmilleada la garganta, que burbujea sangre.

— ¡Así mata el *Lobo!* — ruge éste —. Por delante vas. No te me llevas de regalo — añade, apoyándose en la pared.

— ¿Herido? ¿Estás herido? — pregunta el director.

— Tengo lo mío, don Antonio. Este bicho no ha marrao... Échenme una mano, porque me voy de espaldas.



## VII

En la enfermería, sobre el lecho que médico y empleados rodean, agoniza el *Lobo*.

Es tranquilo su agonizar; ni a su boca suben los gritos del dolor, ni a sus ojos el temor de la muerte. La pérdida de sangre empalidece sus mejillas; como de marfil es su cara entre la plata del cabello.

El director se halla junto a él. Viva emoción, que no reprime, resplandece en su gesto.

— ¡Vamos! — dice, acariciando con sus manos la frente sudosa del herido —. No hay que desesperar.

— Desesperar es una cosa, don Antonio; otra cosa es morir. No estoy desesperado, pero me muero; de ésta no me escapo; he recibido algunas, algunas he dao, y sé cómo entran las que matan. *Pajarito* no marraba nunca. Yo tampoco. De ahí que estemos en paz. Le saco de ventaja unas horas. En fin..., esto ¿qué hace? Alguna vez se acaba. Y la vez me ha llegao.

— Por defenderme mueres. ¿Qué no haría yo por salvarte?

— Por salvarme nada puede usted hacer. Por ale-

grarme la hora de la muerte, sí puede usted hacer mucho.

— ¿Yo?

— Sí.

— Dilo. Lo que sea, lo que pidas se hará.

— Mire usted, don Antonio, es una tontería. Chocheces. Soy viejo, y el chochechar es asunto de viejos, pues chocheces serán; pero vaya, que si usted me diera ese gusto, sería yo más feliz que el rey en su trono.

— Dilo; te aseguro que si está en mis manos lo haré.

— ¡En sus manos! ¿En cuáles si no?... Antes óigame usted, necesito que me oiga usted. Lo que voy a pedirle es mucho; puede que, escuchándome, manque sea mucho lo que pido, lo haga usted, señor director.

— Aunque pidieras mucho, más hiciste salvándome la vida.

— ¡Quién sabel!.. ¡Quién sabel! Óigame, señor director.

El *Lobo* hace un esfuerzo, se incorpora; pone los ojos en el techo, como si deseara abstraerse de cuanto le rodea, y dice con voz lenta, cortada por las ansias del alentar:

— También yo odiaba a usted antes de que viniera. Traía usted fama de duro con los presos. Y justificá estaba la tal fama. En los meses que van desde



que vino, no ha dejao respirar a nadie. Ello pué que sea pa usté una obligación. Pa nosotros..., nosotros... ¡Vaya, que con usté no hay forma de hacer uno lo suyo; a nosotros nos gusta hacerlo; y a los que, como yo, son amos y reyes entre la gente del presidio, es claro que les gusta más! De mó y manera que yo le odiaba a usté, y ¡jeal, que yo hubiera hecho con usté lo que quiso hacer *Pajarito*.

— ¿Tú?...

— Yo, señor director. Y no lo he hecho y lo he defendío, y me la he ganao por defenderle. No me dé usté las gracias. La cosa no ha sío por usté.

— Pero...

— El día primero que usté vino bajó al patio, y no bajó solo; con usté bajaba Antoñita... ¿Me deja usté que la llame Antoñita?... Pues sí, bajó Antoñita con usté. ¡Qué maja estaba con su pelo rubio y su vestío blanco! Cuando se puso frente a mí, me pareció que traía en su traje la nieve serrana y en su cabecita el sol caliente de la sierra. Embobao me quedé al mirarla. Más embobao cuando se acercó a mí, y se puso a hablarme, y me quitó la calza de las manos, y me dijo que quería que le hiciese unas medias pa un muñeco que tiene. ¡Se las he hecho! Debajo del cabezal de mi camastro están escondías. Se las he hecho; no se las he dao porque temí que se enfaara usté conmigo. Cuando acabe yo, que se las den y que las gaste el muñeco suyo

a mi salú... ¡Sí que es un cielo la chiquilla! Yo, ya ve usté, me he criaio en el monte, entre fieras; como fieras son los hombres del monte. A mí no se ha acercaio naide pa decirme una buena razón. Pa burlarse se acercaron antes de que matara; después de matar, se acercaban cuando no podían huir. Ya ve usté, así me he criaio yo, sin madre, porque no sé quién me ha parío; me dejó encima de un matojo y salió de naja, sin cariño; vaya, solo y maltratao. De veras que no se acercó naide a mí con un buen aquel. La niña, Antoñita — hemos quedao en que me deja que la llame Antoñita —, Antoñita se acercó sonriendo, y me habló tal que si yo no fuera tan bestia y tan malo como lo soy. Luego... Luego... (la voz del *Lobo* tiembla). Luego aquella criatura me echó los brazos por el cuello y me besó aquí, aquí mesmamente, ande pegó la bala. Nunca me besaron en mi vida, señor director; nunca me besaron. Tó yo me quedé estremecío. Creí que el cielo, con su sol y con su luna y con sus estrellas, se me había entraio, con el beso aquel, por el agujero de la bala. Y se me entró; que tó por dentro me llené de luz aquella tarde.

El director aprieta fuerte la mano vellosa del *Lobo*, y dice con temblona voz:

— ¡Pobre hombre!... ¡Pobre hombre! Mala fué la suerte contigo.

— No fué buena, señor. Menos mal que a la



vejez tropecé una clara. Y este es el favor que yo le quería pedir. Es un favor muy grande. Pero, vamos, yo he vivido desde entonces del beso de la chica, y ahora que me voy a morir quisiera... No se enfade. Quisiera que ella viniese ande yo estoy y me diera un beso igual que el otro.

— ¿Eso quieres?

— ¿Es mucho?

— ¡Mucho!... ¡Pronto! ¡Uno! ¡Cualquiera! Que suba a mi casa y que baje a escape Antoñita.

El *Lobo* no responde palabra. Retirando su mano de la del director, la lleva junto a la otra suya, que tiembla sobre el embozo; y las dos manos se plegan, y los ojos se abren de par en par, dulces, agradecidos, para quedar fijos en la puerta, y sus labios murmuran algo ininteligible.

Oración no es: el *Lobo* no sabe rezar.

Nadie turba con frase ni gesto el recogimiento del muriente.

La niña aparece en la puerta de la enfermería con su vestido blanco, con su pelo de oro, con su risa de astro, resplandeciente como una hostia de amor.

El penado la ve acercarse sin apartar de ella los ojos.

— ¡Calla! — dice la niña —. ¡Es el viejecito de las medias!

— Mira — añade el padre —. Está malo. Le han

herido por defenderme. Te quiere mucho. Se acuerda del beso que le diste. ¿Quieres darle otro ahora, Antoñita?

— Otro y veinte más — exclama la gentil criatura.

— Uno solo y es demasiao — murmura el *Lobo*.

Llega hasta él paso a paso, grave, majestuosa, con los brazos tendidos y la rubia cabellera saltando en rizos por su cara.

Toda su hermosura, toda su gentileza infantil se inclina frente al rostro horrible coronado de púas, y un beso musica el silencio augusto de la sala.

— ¡Gracias! — dice el *Lobo*.

En sus párpados tiemblan dos lágrimas; ruedan sin deshacerse por los pómulos cadavéricos; es una última sonrisa en su boca, una luz última en sus ojos, y cae lento, silencioso, sin descruzar las manos.

UNIVERSIDAD DE GUAYMAS  
BIBLIOTECA DE GUAYMAS  
ALFONSO GALVEZ  
Año 1925 MONTERREY, MEXICO



## VIII

Velando el cadáver del *Lobo* queda la niña gentil de los cabellos rubios.

Los ojos del anciano, de par en par abiertos, están llenos de luz; la boca sonríe a la muerte.

Todo el rostro es bondad.

---

## EL RETRATO DEL MAESTRO